

PROGRAMA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA  
EVALUACIÓN DE TRABAJO DE GRADO

ESTUDIANTE: LEIDY RAMOS ESCORCIA

TÍTULO: “DEMOLOGÍA DE VIDAS PRIVADAS”

CALIFICACIÓN: APROBADO

RAYMUNDO GOMEZCASERES VALVERDE

Asesor

WILFREDO ESTEBAN VEGA BEDOYA

Jurado

Cartagena, Febrero 7 de 2017

## Tabla de contenido

### Capítulo I

- Prologo: Demencia: atisbos de vidas desesperadas.....3
- Bibliografía.....16

### Capítulo II: Imaginario familiar.

- Cotard.....18
- De las dificultades de un matrimonio por amor.....22
- Ruidos en el sótano.....26
- Críptico.....29

### Capítulo III: De aglutinaciones y otras pesadillas

- Señora árbol.....37
- Pseudoamor.....43
- Isaac.....47

### Capítulo IV: Divagaciones

- Clave sol.....55
- El decepcionador de cuellos.....58
- Vidas malditas.....63

## Atisbos de vidas desesperadas

Un par de meses atrás un amigo me preguntó a modo de broma "¿cuánto tiempo piensas tardar en obtener prestigio?", no pude más que reír a carcajadas, pues sabía que no hablaba en serio. Respondí, que lo más seguro sería que moriría anciana y sin conseguirlo; él remató con otra pregunta "¿entonces para qué fustigarte? Mejor vende empanadas, tu cuerpo se cansará pero tu alma permanecerá intacta". No contesté más que con una sonrisa, me gustaba y quería escribir pero no tenía idea del porqué. Jamás me planteé la pregunta cuya respuesta es tan temida: ¿tengo lo que hace falta para ser escritora? Y que se suma a las numerosas cuestiones existenciales que agobian a quien escribe; no hacía parte de mis preocupaciones inmediatas, hasta ahora había seguido el consejo de Kafka, continuar sin piedad mi obsesión más intensa, y sí, me esforzaba por hacerlo bien pero me preocupa más el cómo lo hago, que por qué y que se me considere una escritora no está dentro de mis pretensiones, por lo menos no todavía.

Entonces, ¿acaso algo anda mal conmigo? ¿Es señal de que no estoy tomándolo seriamente? Sé que escribir me apasiona, y me destroza pensar en la posibilidad de dejar de experimentar la sensación que me produce. Recurrí a los grandes escritores en busca de una respuesta envuelta en la frase ingeniosa que no pude darme ¿Por qué escribir? Acudí a mis favoritos.

Me encontré con un Eduardo Mendoza: "nunca me lo he preguntado y no creo

que tenga interés", y un Jorge Semprún: "si supiese por qué escribo, tal vez no escribiría". Ellos me tranquilizaron un poco con sus respuestas, algunas otras me maravillaron

Toda vida es incompleta, todo intento de copiarla, de recrearla o completarla, es igual de incompleto. Pero no por eso los escritores dejaremos de escribir sobre la vida. Pues es una experiencia tan fenomenal que, como dijera Schopenhauer, vale la pena pasársela reflexionando sobre ella (Ariza 2014: 16)

Uno comienza a escribir como una forma de reacción contra las cosas que lo afectan directamente. Una situación que le parece injusta; un amigo que lo traiciona, una chica que te regala indiferencia. Lo mío se lo debo un poco al amor y otro tanto al dolor (Ariza 2013: 76).

No puedo hablar de una edad precisa, como si una epifanía sobreviniera y me dijera " debes, a partir de hoy, hacer esto o lo otro". Fue, más bien, una serie de pulsiones, de entresijos por la supervivencia, entrometerme más de lo debido en los asuntos del mundo. (Betuel Bonilla 2014:26)

“ Porque el verbo provoca desasosiego en Nérida Piñón, porque no se elige, como un amor, añade Amélie Nothomb. Por ser el masoquista que uno lleva dentro, aduce Wole Soyinka, por los arroyos y los torrentes de los libros leídos, cuenta Fernando Iwasaki, como forma de existencia, según Elvira Lindo. "Una manera de vivir", que dice Vargas Llosa parafraseando a Flaubert. Para sentirse vivo y muerto, proclama Fernando Royuela, igual que uno respira, suelta entre interrogaciones Carlos Fuentes. O para sobrevivir a ese fin, "a la necesaria muerte que me nombra cada día", testimonia Jorge Semprún” . (Ruiz. 2011)

Pero ninguna fue suficiente, los escritores mencionados me daban buenas razones para justificar su oficio, sin embargo, no dejo de pensar en que no son más que frases sacadas de la genialidad para en algunos casos evadir la cuestión, y que en ultimas llevan implícito el mismo mensaje "porque lo elegí, lo disfruto y luchar contra lo que te gusta puede hacerte inmensamente infeliz", lo dicho por ellos me dejó vacíos; sí, me identifiqué con sus respuestas, pero algo

faltaba: mi razón personal, esos fueron los móviles de ellos en sus respectivos momentos, y para encontrar una explicación que me llenara, debía crearla.

Creo que quién escribe no lo hace solo por la necesidad de exteriorizar algo que cree es un buen aporte para el mundo, por lo menos no en esta época, por lo menos no en mi caso. Tampoco todos los que tienen algo que contar pueden dedicarse a este oficio; no basta con tener una historia, no basta con querer contarla, hace falta además poseer una visión especial, una forma de ver el conflicto diferente y única, encontrar qué lo produce y hace que nos toque, un escritor no verá un problema en sí, verá lo que lo hace problema. En palabras de Gornick: “ lo que importa no es lo que le haya ocurrido al autor; lo que importa es el amplio sentido que el escritor sea capaz de extraer de lo ocurrido. Y para eso se requiere imaginación literaria.” (Gornick, 2003: 87)

De ahí que pueda moldearlo de diferentes formas, contarlo como le apetezca y aun así, el hecho particular será aplicable a cualquier individuo en cualquier país o tiempo, entonces una persona de otra era exclamará al leerlo. "¡Es como si hablará de mí y para mí!". Tolkien afirmó que:

El artista no puede crear sino recrear o descubrir a través del lenguaje lo que ya fue creado (...). Esa recreación se produce a través de la ficción porque ella, nos propone la recuperación; es decir una renovación de nuestra forma de mirar y percibir lo que nos rodea. (Repún, 2006: 122)

Es por esto que alguien como Bernhard Schlink se atrevió a invitarnos a ver a un verdugo de los campos de concentración Nazi, con otra mirada, como no se

les ha visto hasta ahora, como débil, humano y desde cierto ángulo víctima de las condiciones. Resulta casi imposible no terminar el libro haciendo lo que nuestra condición de espectadores no nos permitiría bajo otras circunstancias: "simpatizar y sentir piedad por el perpetrador". Por otro lado, la última intención de quién escribe es darse a conocer, de hecho es probable que dichos escritos jamás salgan a la luz, porque no se escribe con afán de publicar, se hace porque es imposible resistirse a hacerlo, sobre este aspecto J. Boyne sentenció:

Escribo porque tengo que hacerlo. Escribo porque estoy tratando de entenderme a mí mismo, mi vida, la razón por la que nací, la explicación de por qué moriré y descubro que solo puedo hacerlo entrando en un universo habitado por personajes que nacen de mi imaginación.

Una vez que una historia llega a la mente. Se convierte en un dolor de cabeza, uno que no se calmará a menos que te sientes a escribir. Tal historia no depende de ti, llegará inesperadamente. De tener suerte estará en tu cabeza durante algunas semanas, de lo contrario vendrá cuando menos lo esperas, mientras estás en el baño, cuando duermes o mientras caminas por una calle empinada a altas horas de la noche, preocupado por los altos índices de inseguridad de la ciudad; entonces como en la peor de tus pesadillas la olvidarás media cuadra más adelante, desaparecerá tal como llegó, dejándote un sabor amargo en la lengua y un malestar en el estómago que no te abandonará por algún tiempo.

Pero en últimas ¿qué es un escritor? Es un psicópata, el héroe y el villano, un monstruo, un Dios fallido, un mártir, la herida y la daga, un egoísta, un genio neurótico, un masoquista, padre e hijo, víctima y victimario, un loco, un

insensato pero sobre todo un lector. Porque no se despierta una mañana siendo un escritor, es más factible que le ocurra lo que a Gregor Samsa. Se debe ser lector antes para conseguir la fortaleza necesaria para resistir lo que se avecina siendo escritor. Y sí, el oficio es peor que una sanguijuela: lo desangra, lo deja sin nada, lo va desgarrando desde adentro. Un ataque infalible porque hiere el centro mismo del ser y lo va destruyendo con consentimiento de quien sufre la dolorosa muerte: quien escribe.

Ahora bien, el lector aparece en esta relación binaria, dicho de forma abrupta, como un "holgazán" como quien solo se sienta a esperar a que alguien más se desangre, que desmenuce los secretos del ser, de todos, del suyo propio. El lector necesita agudeza para desentrañar lo que el autor ha hecho en su obra y lo que buscaba comunicar. Esto no es ni siquiera una exigencia, al final de cuentas no importa si lo descifró o no, esa es una deuda que se debe a sí mismo y solo él sabe si desea cobrarse. Total, el hacer justicia por el trabajo del escritor es obligación de los críticos.

Sin embargo, el ser lector también supone sufrimiento, fustigarse a sí mismo, desangrarse desde adentro; porque al ser el receptor de la literatura, esta resulta para él un arma de doble filo, que por un lado puede ser un bálsamo sanador, un refugio, incluso una compañía. La literatura te dará a alguien que llorará junto a ti, porque ha pasado lo que tú y comprende tu sufrimiento; por el otro, será la daga envenenada que se clava en la herida para infectarla y hacerla más grande. Todo esto con el fin de abrirte los ojos y el entendimiento.

La literatura te someterá en una dura batalla por la vida y lo que crees, para hacerte desechar lo que no te sirve, lo que está demás, el mundo es cruel y ella te hará saberlo con la seguridad de que a pesar de exponer tu alma, tu cuerpo seguirá sano. Si quien escribe es un masoquista por descubrir dolorosamente su interior al mundo, el lector lo es aún más, por empuñar el puñal que enterrará en su vientre que lo dividirá en un antes, y un después. Porque en últimas leer duele, con el único consuelo de que es un dolor compartido.

A esto se suma una extraña fuerza conspirativa literaria, que parece saber qué momento atraviesas en la vida, al punto de hacerte girar en torno a ella. Un día entrarás a una librería en busca de un poco de alivio, te toparás con un título atractivo y lo llevarás a casa, sin saber que leerás sobre ti, sobre lo que te acongoja, vas a leer lo que sientes, lo que duele y no imaginarás que estás siendo sometido al dolor a propósito, no elegiste al libro; él te eligió a ti.

No se trata de tener “ lo que se necesita para ser escritor” , se trata de saber si tienes lo que se necesita para ser lector, y desde esa perspectiva saber fusionarte con el texto que tienes en frente; entender las circunstancias del personaje y los móviles del autor y viceversa, sin confundir al protagonista con el autor; identificarse con Raskólnikov y descifrar que pasaba por la mente de Dostoievski, conocer a Madame Bovary y saber que pensaba Flaubert, ser Jekyll y Hyde y entender que ocultaba Stevenson.



Entonces, por primera vez fue claro para mí: escribo porque en mis historias el malo tiene una razón para ser malo, porque resulta también un mártir, porque en ellas intento demostrar que todos de alguna forma somos una producción de la sociedad, que nos reprime, destruye y amolda a su conveniencia; un asesino no lo es por sí mismo, lo es porque todos colaboramos para que lo fuese y desde esa mirada es que intento darle al mundo, una oportunidad de redención, una minúscula, casi imposible, pero ahí está. Escribo porque mi personalidad es fuerte y frágil al tiempo, y así como hoy estoy de un lado, mañana puedo estar del otro. No sería raro que un día no pueda reprimir más mis pulsiones y estas historias me ayudarán a reconocer, que he pasado la línea imaginaria entre lo que creo está bien y lo que el mundo me dice que es malo. En palabras de Miller

¿Qué es un escritor sino un criminal, un juez, un verdugo? ¿Es que no estaba ya versado en el arte del engaño desde niño? ¿Acaso no estoy acribillado de traumas y complejos? ¿Es que no he sido manchado con toda la culpabilidad y complejos del monje medieval?

¿Hay algo más naturales, más comprensibles, más humanos y perdonables que esos comportamientos monstruosos del poeta aislado? (Miller 2009 pag: 59)

Por todo esto me es necesario meterme debajo de su piel y descubrir cómo sienten el mundo, por eso hasta ahora mi aspiración ha sido ser lectora, una ávida que se cuestiona, de lograrlo algún día podría llamarme escritora, antes no.

Ahora bien, ser lector en esta ciudad supone un privilegio de pocos. Con esto no estoy diciendo que no haya espacios propicios para el surgimiento de

la llamada "buena literatura", no, por el contrario, pienso que la ciudad es dueña de un aura de belleza y enajenación que propicia literatura. De lo que hablo, es del poco contacto con las letras que tiene el cartagenero promedio. Aquí los padres no leen a los niños, y los maestros con las manos atadas a un canon que si bien es "necesario" por decirlo de alguna forma, también es la vía más rápida para hacer que los niños odien leer. Como consecuencia, la lectura se deja a cargo de los locos. Por eso siento que mis circunstancias, fueron especiales

Millán Kundera en su *Libro de los amores ridículos* afirma que:

El hombre atraviesa el presente con los ojos vendados. Sólo puede intuir y adivinar lo que de verdad está viviendo. Y después, cuando le quitan la venda de los ojos, puede mirar al pasado y comprobar qué es lo que ha vivido y cuál es su sentido.

Hoy cuando me detengo a pensar unos instantes, me doy cuenta de cuánta razón tiene. Uno vive el presente sin percibir la magnitud de lo que está atravesando, solo después, cuando ya se ha cerrado esa etapa, adquirimos conciencia de que todo tenía una razón de ser, incluso el sufrimiento más inexorable, ese que te llega de golpe y no comprendes el por qué. ¿Por qué estoy triste si aparentemente todo está bien? ese sentimiento de vacío te llevará a probar lo que en otras condiciones no habrías probado. Te arrojará en los brazos de la exploración, de la búsqueda de la luz. Entenderás que algo te falta, tú existencia no es completa, de lo contrario no tendrías un nudo que te cierra la garganta y amenaza con asfixiarte. Es entonces cuando habla el hombre del subsuelo que tienes encadenado dentro. Gruñe lleno de

insatisfacción.

Las palabras de Kundera me hicieron recordar las innumerables veces, en que mi madre me hablaba de los libros que había leído. Historias que escuchaba con los ojos entornados hacia la magnificencia de esa deidad que había abierto no uno, sino varios libros durante su juventud y que ahora gozaba con contármelos, como en un intento de despertar en mí la pasión por los nobles ancianos, que estaba segura había heredado en la sangre; porque sí, así como la maldad es un rasgo hereditario lo es también el amor por los libros; amor que en mi truculencia e ímpetu excluí por mucho tiempo. Así, la literatura desfilaba junto a mí apenas rozándome. Me salvaba sin que levantara la vista para mirarla. Ambas nos dejábamos de lado; yo insospechada de sus planes para conmigo. Ella convencida de que caería en sus redes.

Años después volveríamos a vernos de frente, sin tocarnos siquiera. Cuando una mañana mi maestro se limpiaba las lágrimas del rostro mientras arrancaba la imagen de Raúl Gómez Jattin de la pared. Ese día no presté atención, innegablemente no estaba preparada para él, para sus *ángeles clandestinos* y conocer a un dios que ofrece reverencia. Con Gómez Jattin comprendería lo difícil que resulta cuando se deben profanar tumbas para no sentirse solo, raro. Para saber que por las mismas calles que a diario camino, bajo el mismo cielo que me cubre, caminó un iluminado; alguien que también sintió una desgarradora rabia humanista ante el deshonor de pertenecer a una estirpe que pudiendo dar amor, solo engendra muerte, barbarie y mezquindad.

Y es que no ocurre de la noche a la mañana, que tratas de ser lo que sabes que no eres; o al contrario intentas descender a tus cavernas para lograr desprender la máscara que llevas encima, y que se ha engrosado a través del tiempo con capas de polvo, prejuicios y los manuales de "buena conducta" "tienes que ser un buen ciudadano e ir en busca de la felicidad" doctrinas sobre la que Dostoievski escupió en más de una ocasión.

Uno trata de girar los ojos ciento ochenta grados, hacia dentro y encuentra los restos de líquido amniótico. Sin sabor, incoloro. Listo para ser colonizado por lo de afuera, lo que no es de uno. Ese algo está ahí antes que tú. Antes que tus padres y abuelos. Ese algo no se hereda genéticamente y sin embargo es el "orden impuesto" y todos o al menos la mayoría vive conforme a él. Pero resulta que no es así para ti. Nada te corta más las alas. Nada te sangra más, que las heridas donde está incrustada esa impostura.

Es entonces cuando algo pasa. De repente te encuentras frente a una situación desencadenadora la oportunidad de remover el lodazal viscoso y maloliente que más adelante saldría de donde introduje la daga siendo lectora; o en palabras de Cortázar, sientes en el pecho ese palpito de lo fantástico. Ese extrañamiento que produce estar frente a una situación en que, se ven sacudidas las leyes de la lógica es la única forma que encuentro para explicar que cuando el hombre del inter-subsuelo estaba a punto de ganar la batalla, solo pudiese pensar en aquellas consoladoras horas en que mi madre todavía era el centro del universo, un universo que hablaba de libros que valía la pena

conocer, y que estuviese precisamente a contados pasos de una biblioteca. La idea de ir se mostraba irresistible, al punto de desear abandonarme en ella. Entré sin saber que estaba a punto de enfrentarme a algo más poderoso que yo, a los ancianos que me esperaban desde hace mucho. Ahora mientras escribo estas líneas estoy totalmente segura de que uno no puede escapar de lo que está predestinado. Ese día yo ingresé más que a una biblioteca, entré a la vida, a la salvación, una que me cobraría caro el favor, porque la literatura no volvería a dejarme.

Una vez ahí tuve que enfrentarme a la mirada inquisidora e incrédula de la bibliotecaria, que desconfiaba de mis intenciones. Temerosa escogí un libro, ¿cuál? El que sea. ¡No! El que sea no. Aquel del que tanto me habló mi madre. Yo seguía sin tener nada, pero ahora tenía algo que otros no. La vida seguía sin tener encanto, pero ahora me daba libros; leerlos era darle sentido a la existencia de otros, con los que caminaría página a página hasta llevar a término el destino que su creador, su pequeño dios ha dispuesto para ellos. Yo por mi parte no moriría, si bien no tenía fuerzas para luchar, al menos no cargaría con la desaparición y el olvido de otros, entonces yo debía respirar un día más para abrir el libro y darles vida a ellos. Y vivir el uno en virtud del otro.

Desde entonces no pude parar. Primero fue *Crónicas de una muerte anunciada*, le siguió *Cien años de soledad*; *Doce cuentos peregrinos*, *Memorias de mis putas tristes*, *Del amor y otros demonios* y *El amor en los tiempos del*

*cólera* este último jamás he podido terminarlo. Le siguió Kafka y su *Metamorfosis*, *El perfume*, *La Ilíada*, *El túnel* de Sabato, y algunos menos reconocidos de los que ya no recuerdo los títulos. La mayoría los leí con dificultad, puesto que no se me permitía sacarlos. Algunos otros los leí a cambio de hacer tareas ajenas; ellos me dejaban los libros tanto como quisiera, y yo hacía sus ensayos. Yo era feliz, mientras conocía cosas, países, épocas y oficios que de otra forma no conocería. Los libros me hacían olvidar los cadáveres apilados sobre las aceras, y las multitudes hambrientas de morbo que debía sortear cada mañana antes de llegar al colegio.

Una vez inmersa en ellos comprendería, que no hay una única salvación, y que no está al final de la vida, al final de los tiempos. Sino que a diario podemos ser salvados de múltiples maneras; que no siempre la salvación es un lugar y/o situación de idilio, sino un despertar, un abrir los ojos a la fatalidad, a la crueldad del mundo. ¿Tu paraíso? ¿Tu utopía? Esa te fue dada en la única etapa de la vida en que somos dignos de ella. Alejandra Pizarnik lo sabía, Quiroga lo sabía, Gómez Jattin lo sabía, por eso decidieron abandonar este plano antes de tiempo. La existencia ya no tenía nada bueno que ofrecerles, más que la amarga experiencia del conocimiento de un inexistente paraíso. Entonces vuelves los ojos hacia ti, y te ves ahí, parado en tu jactancia, como un insignificante punto. Con una mísera y egoísta vida sumida en intereses personales, haciendo una tormenta en un vaso de agua, mientras el mundo a tu alrededor se cae en putrefacción y los cerebros más notables de la historia son alimento de gusanos.

Existencias que cuestionaron lo establecido, y que encontraron consuelo, sobre las páginas de un libro; consumidos por la droga y el alcohol. Arrojados sobre las aceras. Hijos de la muerte, Dioses que adoran y eclipsan sus miradas ante la luna. Padres de ángeles clandestinos, desnudadores de las miserias humanas, esas que todos intentan ocultar con sonrisas.

## Bibliografía

- Consuegra, J. (2014) “ Ni uno mismo es capaz a veces de advertir lo que encierra un cuento. Entrevista a Betuel Bonilla” *Palabra realizada*. Universidad del Tolima. PP: 26.
- \_\_\_\_\_ (2013) “Escritor invitado: Adolfo Antonio Ariza Navarro. Entrevista” *Coloquio*. Cartagena: Universidad de Cartagena. PP: 76.
- Cortázar, s.f. *El sentimiento de lo fantástico*. Dossier II. Conferencia dictada por Julio Cortazar en U.C.A.B: Caracas.
- Faulkner, W., Eliot, T. S., Capote, T. Ct. Al. (2006) *El oficio del escritor*. Biblioteca Era. México.
- Franz, C.(2010) *Bernhard Schlink, hipócrita lector...* Editorial del cardo. Facilitado por biblioteca virtual: Miguel de Cervantes.
- Gornick, V. (2003). *Escribir narrativa personal*. Buenos Aires: Editorial Paidós, SAICF.
- Kundera, M. (1968) *El libro de los amores ridículos*. Buenos Aires: Tusquet editorial. Traducido por Fernando Valenzuela.
- Repún, G. (2006). *El mago y el escritor*. Bogotá: Editorial Norma, S.A.
- Ruiz, J. (2 de Enero de 2011). *Por qué escribo*. Tomado de: [Http://elpais.com/diario/2011/01/02/eps/1293953215\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2011/01/02/eps/1293953215_850215.html).
- Miller, H. (2009) *Nexus*. Barcelona, edición por edhasa. Traducción revisada por Carlos Manzano.



- Miller, H. (1978) *Mi vida y mi tiempo*. Tuilgen Editores. Bs. As.
- Bachelard, G. (1994) *El derecho de soñar*. Fondo de Cultura Económica. México.

## Cotard

Su rostro no había cambiado en nada, conservaba su impasividad como si a través de los años llevase puesta una máscara, una que jamás se había quitado, inexpresiva e inmune al tiempo. Contemplarla era introducirse en una capsula de tiempo. Su piel casi tan lisa como cuando la conocí hace más de veinte años, me daba la impresión de poder deslizarme en ella hacia el pasado; a pesar de su rostro intransfigurable y la sensación que me provocaba. Mi abuela estaba a punto de morir, y esta vez no sería como en las anteriores, cuando a punta de sacrificios mi familia había pagado costosos tratamientos para lograr que saliese de su aturdimiento.

En ese entonces la abuela deambulaba por los pasillos de la casa con su bata larga cargando en los hombros su muerte, la que no sabré nunca si realmente deseaba o solo le gustaba simular. Iba de un lado a otro con pasos sigilosos, casi levitando intentaba cruzar las paredes con su cuerpo inmaterial. En otras ocasiones se tendía en la cama durante días, intentando no moverse; su respiración se tornaba aletargada y las extremidades se le engarrotaban. Hacíamos lo posible por lograr que entrara en razón o por lo menos que comiese y bebiese un poco; nuestros esfuerzos eran inútiles y nos veíamos obligados a llevarla a un especialista; de permitirle seguir en la casa hubiera enfermado por falta de alimento.

Mi padre se las ingeniaba para sacarla con ayuda de mis tíos. Construyeron el ataúd más cómodo que nuestros recursos permitieron. La sola terapia ya era lo suficientemente costosa como para dejarnos con grandes deudas y viviendo en condiciones paupérrimas por algo más de un año; durante ese tiempo la comida escaseaba y ni que decir de nuestros utensilios personales; pero ninguna dificultad o carencia sería demasiado. La abuela estaba bien y eso era lo que importaba. Con cuidado mis tíos ponían el cuerpo en el ataúd e improvisaban un carro fúnebre con el auto que nos prestaba el vecino.

Cuando la llevábamos donde el psiquiatra, este se quedaba con ella algunos días, luego nos la devolvía convencida de que si su pecho se expandía absorbiendo oxígeno, sus ojos parpadeaban y su estómago rugía exigiendo alimento, ella seguía en este mundo. Su rostro continuaba igual de inexpresivo, pero al menos la abuela parecía asumir que tenía vida: comía, bebía, respiraba y en ocasiones hacía a un lado su comportamiento autómatas y me observaba con el uniforme sucio y el cabello enmarañado a punto de salir para el colegio, luciendo de forma deplorable. Sus ojos se llenaban de repulsión y vergüenza, me tomaba del brazo e intentaba peinarme. Yo sonreía. Esa era la única atención que podría obtener de un adulto durante algún tiempo.

No todo era malo, hubo épocas felices. La comida abundó cuando mis padres terminaron de pagar las deudas adquiridas por el tratamiento. Mi madre dejó su trabajo y se dedicaba a mí y a la abuela. Planchaba mi uniforme a diario, y

tejía mi cabello con formas divertidas y bonitas, poniéndome lazos de muchos colores. Mi padre sonreía y por las tardes me llevaba a caminar bajo la sombra de los árboles, diciéndome cuáles eran los nombres de cada ave que sobrevolara nuestras cabezas, también silbaba imitando el canto de ellas para divertirme.

Los años pasaban. Yo crecía. Y las crisis de la abuela se hacían más frecuentes y severas. En una ocasión la encontramos a punto de entrar a su ataúd luego de haberlo acomodado en un agujero que cavó en el patio durante la noche. Se volvió común encontrarle comida podrida en los bolsillos. Los gusanos y el olor la ayudaban a ratificar su supuesto estado de podredumbre; aseguraba que al igual que Manuelita Sáenz, ella poseía conciencia de su muerte y putrefacción. Mis padres ya no podían con la carga, la enfermedad ni siquiera les daba tiempo de terminar de pagar unas deudas, cuando ya debían contraer otras. Debido a la presión una mañana al despertar, mi madre encontró a mi padre muerto. El distrito nos donó un ataúd. Lo sepultamos en el patio. Yo abandone a mi madre, ella no podría mantenerme a mí y a mi abuela. Mentí diciéndole que iría a la casa de un familiar de papá. Trabaje duro para mantenerme.

Hoy parecía haber llegado el momento que tanto deseaba, la vieja moriría y nos liberaría de su existencia, que como las aves que se alimentan de la carroña nos había carcomido el alma, no sin asegurarse antes de haberla podrido. Pero el médico le ha dicho a mamá que ella se recuperará. Está

despierta lo sé. En esta ocasión no simula estar muerta; es más, seguramente sabe de mi odio, e imagina lo que planeo hacerle. Observo su cara igual que los años anteriores imperturbable con la mirada fija en el techo, mientras permanece recostada en la camilla. Su calma me insinúa que está satisfecha por lo que nos ha hecho, y me hace enojar. Arrancó el cojín del sillón donde estaba sentada y camino hacia ella despacio mientras me deleito con los que serán sus últimos segundos y lo que le hare. A fin de cuentas nadie dudará en creer que solo simulaba estar muerta una vez más.

## De las dificultades de un matrimonio por amor.

Frente a la ventana del hotel Pablo mantiene la mirada fija en el mar que se agita ante sus ojos como una inmensa oscuridad que amenaza con devorar el mundo. No le preocupa las conspiraciones del gigante que se bate inquieto afuera. Está inmerso en sus propias cavilaciones; sopesando la mejor forma de hacerlo, la más digna, la menos dolorosa. La noche no ha sido fácil, pero lo realmente difícil está por ocurrir. Con una mano empina la botella de vino, con la que tiene libre juega con los tirones de la camisa de gala, mientras las comisuras de sus labios se curvan en una sonrisa que no es de dicha. Si me viese mamá en este momento seguro me reprocharía <<Tienes que hacer, lo que tienes que hacer. No des más vueltas al asunto>> Pero ella no está y eso me permite mostrar vacilación. Recuerdo cuando llevé a María a la casa. Mi madre la inspeccionó con un gesto de desagrado en la cara, y sin previo aviso comenzó a explorar su cuerpo con sus manos, atreviéndose incluso a tocar bajo de la falda. María ardió en cólera; la repudió, la escupió y juró no volver nunca. Yo no pude más que reír con lo perplejo que quedé al ver lo que acababa de ocurrir.

No conocí a una chica con más poder y malicia. Ella era capaz de hacer del demonio su ferviente admirador y aun así no ser capaz de causar daño. Lloraba ante las injusticias, por más pequeñas que fueran. Estaba compuesta de fuego y ternura. Tuve que esforzarme para ganarla. Hice recurso de mi ingenio, sabía que no llegaría a su corazón con frases baratas de escritor de

medio pelo. Innové, mezclé su piel con los astros, le hice ver que era más bella de lo que en verdad aparentaba; hablé de ella como una condesa sangrienta, una Juana de Arco.

Me amó, menos de lo que yo a ella, pero lo hizo. Fuimos felices tirados sobre los prejuicios de los demás; sobre la cabeza de mi familia y los monstruos que desde el armario, esperan ansiosos por el sabor de mi carne. Mamá sabía que ella no seguiría con vida por mucho y eso le hacía mantenerse al margen de nuestra relación; la que cada día se tornaba más intensa. Las caricias pasaron de ser inocentes y tímidos roces, a brasas que más que quemar, encendían el cuerpo del otro a temperaturas sofocantes. Yo besaba cada centímetro de su cuerpo buscando apaciguar mis ganas.

<<Tienes que hacer lo que tienes que hacer>> Ha dicho la madre. Seguro piensa en ella y las cucarachas que ha metido en su cabeza. ¿Cómo puede hacer semejante daño a su hijo? Sé que lo ama, ¿pero llevarlo a mancharse las manos por quedarse con él, para que jamás ame a otra mujer? Eso es demasiado. Y Pablo, Pablo es tan ingenuo. Seguir creyendo a su edad en las infinitas historias de monstruos crepusculares, que encuentran vida en los rincones tenebrosos que no alcanzan a ser rebasados por los ingenuos sueños infantiles; él los cree en un sueño perenne del que pueden salir, si no sigue a cabalidad las ordenes de la madre; la heroína que una noche armada con la valentía que otorga el deseo de proteger a un hijo, los confinó en el armario.

Él cree que con mi sangre, la sangre de la amada los hará expirar, y estará a salvo, libre de su madre. Pobre, nunca le dará tal libertad. Para ella no era suficiente.

Una vez perdida la timidez por las sensaciones nuevas, deseó más; ir un paso más allá. Pronto sus "paremos aquí" se volvieron gritos de cólera, quería seguir, llegar al final. Con suaves golpes de cadera intentaba romper las últimas aldabas de mi lucidez. Como cualquier hombre también deseaba llevarla a explorar ese lugar desconocido, que la haría explotar en éxtasis y que significaría el comienzo de la vida y todo lo que le había negado. Exigía sentir el amor en el cuerpo, pero una vez que el amor se palpara en la carne nos perderíamos en un aletargamiento más fuerte que nuestras voluntades. Uno terminaría consumido por el otro y ya no serviría, o por lo menos eso dijo mamá; creo que lo dice para evitar que me duela más cuando María ya no esté. Que ingenua resulta ser a veces.

La observo dormir plácidamente y no puedo llevar a término lo que mis temores exigen. ¡Maldita sea! Si me casé contigo por amor ¿por qué carajos haría algo como eso? Te deseo conmigo, lujuriosa, gimiente, encantadora, loca, enojada, como un ogro. Deseo la mañana de nuestra primera noche, con el desagradable aroma de tu boca, tu cabello enmarañado y el maquillaje que hoy te hizo ver como la deidad que amaría toda la vida, chorreado grotescamente sobre tu rostro, quiero observarte así y pensar que es la mejor visión de mi vida; que alguna vez me provocarás el hastío necesario para vengar con tu sangre



mi enojo, mi vejez, mis ansias de ser joven una vez más. ¿Por qué no ha de ser así? Esperar a que mi necesidad se vuelva repugnancia, que nuestra relación tome el rumbo de todo matrimonio donde se odia lo que una vez se amó, y que te amarga la existencia. Entonces allí podría yo cumplir, tú al final seguirías siendo la mujer que más amé. Pero ellos no esperarán, vendrán por mí.

La miro retozar en la cama como en un sueño intranquilo, como si sospechara lo que pasa por mi cabeza. Abre sus enormes ojos, sus pestañas semejantes a grandes abanicos se agitan majestuosamente. Me ve parado en la penumbra, naufragando en mi miseria y me mira con lastima.

-Querido por favor recuéstate conmigo.

Y así lo hice, me recosté junto a ella y me trencé a su cuerpo. Aspiré su aroma como un adicto que después de una larga abstinencia absorbe la que sabe será la última dosis de su vida

-¡Qué más da! Lo haré en la madrugada...

Sé lo que traman. Los escuché hablar aquella vez en que corrí ofendida por el atrevimiento de su madre. Volví en el momento en que le recordaba cómo debía darle fin a mi vida. No me atreví a confrontarlos. Aprovecharé la vacilación de Pablo. Amablemente le pediré que se recueste junto a mí. Con tanto alcohol que ha bebido no le será difícil dormirse; cuando esté sumido en el espesor flotante de un sueño fatídico, su vida terminará. Después iré por la madre.

## Ruidos en el sótano

La relación de mis padres era complicada, apenas se toleraban. Mi padre con un alma envejecida prematuramente refunfuñaba el día entero; nada de lo que mamá hacía parecía ser de su agrado, al punto de no tolerar siquiera su voz. Para mamá vivir perdía encanto, ya no era una mujer joven y lo sabía, la vida se había vuelto un álbum fotográfico que guarda en su interior retratos de un pasado feliz, del que solo quedaban algunas imágenes enmohecidas y dañadas casi en su totalidad. La pasión de otros tiempos se había ido secando hasta no ser más que maloliente saliva en el fondo de una copa donde han bebido dos. Ellos estaban atascados en una vida infeliz, consumiéndose mutuamente día tras día.

Nosotros sólo captábamos una pequeña porción de todo lo que pasaba, teníamos nuestras ocupaciones y problemas. Por la mañana y como primera actividad del día, sobrevolábamos la habitación evitando tocar la realidad, de vez en cuando aterrizábamos en algún sueño para descansar y reponer energías; mamá nos llamaba a comer y entonces nos veíamos obligados a bajar, solo para encontrarnos con que el suelo se había vuelto lava; tomábamos los muebles de la sala como nuestras naves, repletas de piratas neandertales náufragos; en mi caso, y princesas caníbales en el caso de la pequeña Clarís.

Mamá y papá iban a su recámara pasadas las nueve de la noche a martirizarse con sus penurias personales y pecados compartidos. Ella sollozaba amargamente, reprochaba a papá lo inefable de su destino

*Moriré joven a mano tuya, de tener suerte terminaré como ella, la primera, la dueña de esta casa.* A él jamás lo escuche responder, quizá solo asentía. *El que calla otorga* seguro pensaba mi madre, entonces a falta de un palabra consoladora la retahíla se repetía noche tras noche. Nosotros aprovechábamos para salir de nuestras camas, nos deslizábamos hasta la cocina y allí nos dábamos un festín nocturno con golosinas que papá compraba y mamá no nos dejaba comer. *Enfermaran* decía a nuestro padre que con expresión desinteresada respondía *Mujer, deja que al menos ellos sean felices.* Ella se mantenía inflexible y escondía los dulces. Nosotros en una operación de inteligencia encontrábamos el escondite; luego en la oscuridad, los comíamos.

Una noche después de hacer feliz a las lombrices de nuestros estómagos, descubrimos a la criatura; escuchamos ruidos que venían del sótano. Clarís y yo pegamos nuestras orejas a la puerta que papá mantiene bajo llave, escuchamos lamentos de algo que se arrastraba allá abajo. Desde entonces comenzó a atormentarnos; aparecía en nuestros sueños con formas horribles. Más de una vez sentí sus pasos en nuestro cuarto y su aliento podrido en mi cara, incluso secuestró a Pepé mi juguete favorito. Una mañana en que nuestro padre abrió la puerta, logré asomarme por breves instantes, antes de que la cerrara de golpe. Pepe cayó, y no pude recuperarlo. Creía

que mamá no sabía de él, en cambio estaba seguro de la traición de nuestro padre; lo vi varias veces llevando comida al sótano.

Desde entonces siempre estamos atentos. Hace dos semanas el monstruo se descontroló, comenzó a golpear la puerta con todo lo que encontraba mientras lloraba. Se dio cuenta de nuestra presencia e intentó persuadirnos de ayudarlo a escapar. Esa noche papá y mamá nos encontraron frente al sótano, ellos entraron; un gran escándalo se escuchó seguido de lamentos desgarradores. Por algunos minutos todo quedó en silencio; mamá salió y nos envió a la cama luego de darnos una paliza. Nos fuimos a la habitación, yo seguí observando desde un lugar donde no pudieran verme. Los vi sacar un enorme bulto del sótano; subieron al auto y regresaron después de muchas horas. A partir de ese día la relación de nuestros padres ha mejorado un poco. Y nosotros no hemos vuelto a escuchar a la criatura. Clarís y yo tenemos una hipótesis “esa noche papá y mamá viajaron hasta muy lejos a comprar los más deliciosos dulces, unos que mamá jamás nos dejaría comer, y se los dieron a la criatura para que se fuese al lugar de donde vino”.

## Críptico

El espacio se contrae a mí alrededor. Mis manos tiemblan. La sangre es como lava ardiendo en mis venas que quema lo que encuentra a su paso. Desearía ver mi rostro, pero la habitación está a oscura y es mejor así; solo la sensación de parálisis que ofrece la noche, puede ayudarme a calmar mis ánimos. El sudor corre y no permite secar la sangre que chorean mis puños - ¡sangre!- No la había notado. Esta sangre no es mía, mi estupor es inmenso, no creí haberlo golpeado hasta hacerle sangrar. Posiblemente mi enojo no me permitió ver como su sangre brotaba y salpicaba mi ropa. O quizá ¿La sangre es mía? ¿Cómo saberlo? Mi cuerpo esta entumecido. Es probable que muera.

Sé que no siempre he sido una rata de alcantarilla. Yo fui alguien bueno. Todos lo hemos sido alguna vez, amamos y fuimos amados pero algo pasó. Yo dejé de querer parecerme a mi padre. Él dejó de ser un héroe y mi madre ya no fue la dama inquebrantable. Peor aún, yo terminé siendo la peor de las personas. Perdí respeto a mis padres, la vida y a Dios. ¿Qué pasó conmigo? ¿Qué pudo afectarme de tal forma? Sé que saberlo no cambiará en nada el pasado, tampoco el futuro. Aun así quiero saberlo.

Estoy en el suelo y un charco de una sustancia cálida y de un olor parecido al óxido me rodea. ¡Logró herirme! Es tarde. Supongo no cumpliré mi deseo.

– ¿Estás seguro?

Mi sangre dejó de ser lava para semejar a una fría granizada. Casi podría sentir los trozos de hielo en las venas. El miedo fue instantáneo. Pero este no se parecía a ninguno que hubiese sentido antes; no podía compararse con nada. Ni siquiera con el que sentí la vez que enfrente a mi padre y lo dejé desangrar luego de herirlo en la cabeza; ni con el de la muerte ahora tan cercana. De hecho en este instante deseo apresurarla. La muerte no puede ser tan terrorífica. La voz continua mientras estoy en shock

-Mi querido amigo, veo que no te queda mucho tiempo. Al parecer tienes una apetitosa alma allí. No has sido una buena persona. No te culpo, no has tenido una buena vida. No imaginas hace cuánto espero este momento. Escuché que quieres resolver algo antes de morir. Podría ayudarte. A cambio quiero alimentarme con tu alma. Mi boca se hace agua. Un espíritu tan condenado es difícil de hallar.

Lo escucho atónito. Quiero implorar pero incluso hablar es complejo. Con dificultad mascullo algunas palabras

-¿Acaso eres un demonio?

-No seas ingenuo, claro que no. Soy algo más complejo que eso. Algo que tu especie no logra imaginar que existe. ¿Cómo podrían saberlo? Si han

negado su parte natural. Han cerrado sus ojos. No logran vernos aun teniéndonos en frente. Lo que no cabe en su entendimiento simplemente no existe. ¿Acaso eres tan ingenuo como para creer que solo hay plantas, Animales y seres humanos en el planeta? No me hagas reír. Aun que te explique que soy, no lograrías comprender. Mejor hablemos de lo que nos interesa. Yo deseo cenar tu alma y tú quieres averiguar algo. Vamos acepta, eres quien más gana. Tu alma de no ser devorada por mí, será atormentada por toda la eternidad y créeme, entonces rogaras que la devore pero será tarde.

¿Qué otra salida había? Él tenía razón. No sé qué me esperaría después de la muerte, pero no podía ser nada bueno considerando mis actos en vida. A cambio recibiría algo que realmente creía necesitar. Con mis últimas energías logré balbucir una palabra más

–Acepto–

Comenzó a reír. Parecía haber ganado algo que deseaba con todas sus fuerzas.

\*\*\*\*\*

Siento el cuerpo liviano. El dolor desapareció. Ya no estoy en mi fría y oscura habitación cerca de aquella criatura escalofriante. Ahora estoy en un lugar lleno de luz que entra por una ventana cercana y estorba en mi cara. El lugar está en desorden. Yo descanso sobre una cálida cama que emana un aroma conocido. La cabeza me da vueltas. No logro comprender nada: mi cercana muerte, mi cólera, aquella criatura. Todo parece haber sido una pesadilla. El estéreo está a todo volumen, logro

reconocer la canción *The man who sold the world* de Nirvana. Alguna vez fue mi favorita. Exploro el lugar y algo dentro de mí se turba. Al parecer ya he estado aquí.

Me pongo de pie y camino hacia el estéreo para apagarlo. Antes de llegar tropiezo con algunas cosas tiradas en el suelo, entre ellas un libro. *Trópico de cáncer* de Henry Miller; el único que he leído en mi vida. Escucho ruidos que vienen de la habitación de enfrente. Alguien parece sufrir. Me acerco y golpeo repetidas veces la puerta. Nadie abre y el llanto no cesa. Los sollozos son como un taladro para mí. No entiendo por qué pero quiero que se detenga. Tiemblo de ira, golpeo la puerta con todo lo que tengo a mi alcance y acabo desprendiéndola.

Hay una mujer intentando lavar la sangre de su rostro. No sé quién sea pero su dolor me provoca sufrimiento. Camino hacia ella lleno de confusión, mientras no puedo dejar de apretar los puños. Mi cabeza se nubla y la escena desaparece de mi campo visual. Otra vez hay oscuridad. Estoy nuevamente paralizado. Algo en el lugar ha cambiado. Ahora está infestado de un pútrido olor que emana de esa criatura. Estoy confundido. No tengo seguridad ni siquiera de si lo que me está ocurriendo es real o solo una pesadilla. Nuevamente escucho la voz recordándome que sea lo que sea que esté ocurriendo no estoy solo. Algo me acompaña.



-Y dime ¿Fue lo que esperabas?- Pregunta mientras ríe a carcajadas. -  
Vamos, si solo fue una probadita ¿Tan impactado estás? Déjame recordarte que no puedes deshacer el trato. Tu alma es mía. Sigamos con lo acordado.

En un parpadeo abandoné la habitación. Ahora estoy en movimiento. No solo eso ¡Río! Miro a mi alrededor y más personas corren conmigo. Son niños de aproximadamente cinco años, yo mismo no parezco superar esa edad. Me distraigo y tropiezo. Las lágrimas ahora brotan. Mis rodillas sangran y duelen mucho. Llora en el suelo. Siento una especie de desolación en el pecho. Alguien me falta y eso me hace llorar por más tiempo. Necesito que me ofrezca una mano, que me levante y cure mis rodillas. Una mujer aparece. Me toma en sus brazos. Yo me acomodo en su pecho. Me siento completo. La mujer susurra a mi oído frases amorosas.

-Mi nene se ha caído. No te preocupes mi amor, mamita limpiara tus heridas y podrás volver a jugar.

Sus palabras entran como un bálsamo sanador. Es como si acabase de salvar mi existencia. Me lleva a casa. La abrazo como no recuerdo haber abrazado a alguien. ¡Amo a esta persona! Y estoy seguro del amor que siente por mí. Soy feliz en sus brazos y una inmensa ternura me embarga. ¡Tierno yo! No quiero irme. Podría permanecer recostado en su pecho la vida entera. Un delicioso aroma viene de la cocina. Pregunta si deseo comer. Noto en su mirada el amor contenido. Un “te quiero” porque sí,

porque naciste de él y de mi cuando lo creía bueno y soñaba con vivir junto a él. Acaricio las cicatrices de sus brazos como gesto de reciprocidad.

Ella me baja abruptamente. Corre a la puerta y la cierra con llave. La voz de un hombre llama. Su tono es bastante elevado. Él grita. Ella mira hacia la puerta llena de terror, las lágrimas corren por sus mejillas. Yo me escondo. Me duele verla así. Mi salvadora ahora está en problemas y no puedo ayudarla. En la estufa hay una olla con agua hirviendo. Ella está parada cerca con determinación en el rostro. El hombre destroza la puerta y se aproxima a la mujer con un destornillador en las manos. Espera a tenerlo cerca. Toma unos pedazos de tela. Agarra la olla y se la arroja. Ambos se retuercen de dolor. El agua también le cayó a ella.

\*\*\*\*\*

Ahora mi edad es mayor. Debo tener algunos diez años. Llueve. La mujer está frente a mí. Lleva en sus brazos una niña pequeña. Me abraza. Estamos bajo la lluvia. Dice que volverá, que solo puede llevarse a la niña, que no me abandonará. Deseo arrodillarme y pedir que no me deje; pero algo en mi parece comprender, que de quedarse es probable que muera; la idea de imaginar vivir sin ella el resto de mi vida me hace no solo entender que debe irse, sino además desear que lo haga pronto. Ahora recuerdo porque ya no amo a nadie. Amar es doloroso y por más que ames a alguien sin importar quien sea; esta te abandonara algún día y muchas veces el abandono se escapa de las manos de ambos; quien abandona y quien es abandonado. Se marcha y aparece ese hombre.

Lleva una botella de gasolina y una vela. Según escuche decir, él planeaba incendiar la casa con ambos dentro, solo la dejó salir para que dejara a los niños en un lugar seguro.

-¿Aun no encuentras lo que buscas? Tengo hambre - Gruñó.

-Que importa cuánto tarde, al fin tendrás mi alma ¿No?

La escena vuelve a cambiar. Ahora estoy en mi casa. En la que viví la niñez. Veo a esa mujer bajarse de un vehículo. Quienes están a mi alrededor se emocionan, al parecer ha vuelto de su viaje. Al contemplarla el sentimiento no es el mismo. Ella no sabe más que abalanzarse sobre mí y llenarme de caricias. Su cercanía me estorba. No la quiero cerca, me fastidia su imagen, su voz e incluso su amor guardado. La miro y no la siento parte de mí, ni de mi vida. La veo como alguien que vendrá a molestar, a imponerme su presencia y su voluntad. Quiero que se vaya. No la necesito. Comprendo. Ya no amo a mi madre, deje de amarla mientras no estuvo, deje de sentirla mía y sin la única figura de amor que tenía, no pude más que volcarme a la violencia.

Ella me mantiene pegado a su cuerpo. Miro por primera vez a mí alrededor. El recuerdo esta vez no es nebuloso. Es claro, tan claro que recuerdo todos y cada uno de los elementos que nos rodean; la casa, el árbol, la calle. Contrario a lo que ocurre con un lugar que fue importante para ti en el pasado, no hay la sensación de reducción y desencanto que trae el haber crecido. Me siento como si todo estuviera ocurriendo por primera vez. Como si no fuese una mera reproducción, y no aguardara

casi tumefacto en el suelo de mi habitación. hay juventud y salud fluyendo por mi cuerpo.

Me zafo de los brazos de mi madre con delicadeza y la miro a los ojos. La veo radiante, llena de esperanza; sin importar nada ella está frente a su hijo, y es lo único que vale; comienzo a sentir una calidez que acelera poco a poco, el ritmo de mi corazón. La vivacidad de las sensaciones en los últimos minutos me hace pensar que podría tener una oportunidad de redención .

## Señora árbol

La primera vez que vi a la señora Mirian mantenía una actitud jovial y risueña. En edad no podía tener más de treinta y a decir verdad era una mujer hermosa. Su esposo Don Gerónimo de Valverde había muerto hacía un año dejándole una cuantiosa fortuna. Como médico no fue difícil percatarme de que algo no andaba bien con la salud de la señora, al estrechar su mano noté una textura poco común; no me atreví a mencionar nada por temor a causar incomodidad a la viuda, que amablemente me había ofrecido su casa para alojarme durante mi año rural.

La convivencia en el lugar no era del todo desagradable. Esperaba encontrar un sin número de campesinos rústicos y a la defensiva, por lo menos eso me habían hecho creer acerca de las personas que han nacido fuera de la ciudad. En un lugar dónde pocas cosas extraordinarias ocurren a no ser por las bodas y funerales; yo era la novedad. Una multitud de mujeres entre maduras y jóvenes iban al consultorio simulando alguna dolencia, para que les atendiera y así tener la ocasión de cruzar palabras conmigo.

-Doctor pero... Usted es muy atractivo, y joven, no como el doctor Juvenal que aunque buen doctor, es un anciano cascarrabias. Ay doctor, mire que me duele aquí; sí, sí, ahí, cerca del corazón.

Vivir con la señora Mirian me resultaba atrayente. A falta de algo en que entretenernos, hablábamos casi todas las noches. Se preocupaba por cómo me iba en el consultorio, me advertía acerca de no caer en las tretas de las campesinas, y me aconsejaba formas de rechazar sus insinuaciones sin que se sintiesen ofendidas; a cambio le contaba de los enormes edificios y las luces parpadeantes de las noches citadinas, de la música a todo volumen, los autos inundando las grandes autopistas, el aire repleto de smog, nuestro cielo sin estrellas a causa de la contaminación lumínica, los cuchicheos de exasperación que remplazan a los grillos, y los crujidos de dientes que ensordecen cerca del final de la noche.

El tiempo volaba mientras nosotros solíamos perdernos en la conversación del otro. Yo acostumbraba observar cada uno de sus movimientos; la hacían lucir como la protagonista de un melodrama: la joven sin dinero que contrae nupcias con un anciano multimillonario. En varias ocasiones, la sorprendí observando mi rostro mientras me quedaba sumido en cavilaciones propias de alguien demasiado joven, como para tener el alma llena de turbaciones metafísicas. Cada día hablábamos por más horas. Nos despedíamos al amanecer, siempre con un beso en la mejilla.

Hacía tiempo había notado la pasión que la viuda me despertaba, la vida entera se me llenaba ante la voluptuosidad de su presencia. Luego, a solas, una fiebre intensa me consumía. Soñé con meterme en su habitación de improviso y amarla. Los meses corrían. Mientras observaba con preocupación

cómo los brazos de la viuda metamorfoseaban. Con el pasar de los días se le dificultaba mantenerse erguida. La textura de sus manos se tornaba más rústica. Sus dedos comenzaban a alargarse y a tomar formas torcidas. Insistí en revisarla, ella jamás lo permitió; con una sonrisa dulce solía decir que no era nada. Me inquietaba lo que pudiese estar ocurriendo, pero comprendía que estaba fuera de mis manos mientras se empeñaba en decir que no pasaba nada. Ella permanecía en silencio sumergida en una preocupación que yo no alcanzaba a descifrar.

Parecía estar consciente y conforme con su situación, como si lo hubiese previsto hace tiempo y estuviese resignada a sufrir. Eso me irritaba; no podía creer que se negara a buscar un tratamiento e ir conmigo a la capital y servirse de los adelantos científicos, para conseguir una solución. Sí, había algo que le mortificaba pero no era el cambio de su cuerpo, sino la llegada de algo nuevo tan vivificante como el fuego, como el elixir de la vida, y ese algo muy probablemente era yo. Yo la empujaba nuevamente al deseo de vivir, pero estaba convencida de que ese era el cauce normal de su vida.

Una noche en que mis intentos resultaban infructuosos. Lleno de rabia y frustración me abalancé sobre ella y la rodeé con mis brazos, le obligué a recostar su cabeza en mi pecho.

-Va a estar bien, ya verá.- Le dije con un nudo en la garganta.

Sentí su respiración en mi cuello y cómo se aferraba a mí, cómo temblaba en mis brazos mientras aspiraba mi aroma como un adicto que no puede evitar aspirar el polvo blanco. Me emocioné ante tal reacción. Esa noche frente a mi recámara, la besé y me correspondió con la más profunda ansiedad. Intenté conducirla a mi cama, pero se negó, huyó despavorida y se encerró de golpe en su habitación.

Estaba desconsolado. Me dolía profundamente no estar cerca de ella, pero nada podía hacer. Pensé en irme de la casa, más por dignidad que por cualquier otra cosa, pero el amor y el deseo de verla aunque fuese por casualidad, no me permitía marcharme. El tiempo corría y mi pasión aumentaba. Muchas noches velé fuera de su recámara. Con la oreja pegada a la puerta buscando escuchar su respiración mientras dormía. Descubrí que pocas veces lo hacía, se mantenía en vigilia andando de un lado para otro, como un felino enjaulado. Una noche me habló

-Joven le ruego no haga eso, vaya a su cama y descanse.

La vergüenza me invadió. Fui corriendo a mi cuarto. Pasó un mes sin que pudiese verla. Hasta que una noche mientras dormía, una mano áspera surcó mi espalda, y unos labios comenzaron a dar pequeños y tímidos besos sobre ella, besos que fueron recorriendo cada parte de mi cuerpo hasta encontrar mis labios; la mano exploró mi cuerpo y solo se detuvo cuando halló mi sexo. Un par de senos desnudos se pegaron a mi espalda y la reconocí, mi amada señora Mirian. Estaba ahí conmigo envuelta en un fuego embriagador.



Sus caricias aunque llenas de amor, se sentían ásperas, como si en vez de su mano me acariciara un trozo de madera. En medio de la oscuridad palpé lo que parecían ser sus brazos pero los sentí como dos ramas de un árbol. Me callé, no quise pensar en lo que ocurría. Amenazaba con expandir las hendiduras de mi entendimiento acartonado por los gajes del oficio, por las largas horas de insomnios pegado a los legajos de hojas interminables, que me hablaban de todas y cada una de las funciones del cuerpo, incluso la repetitiva teoría de las sustancias que segrega el cerebro. No dijo nada, tal vez no había nada que decir, tal vez no encontraba la mejor forma de decirlas.

Estaba tan enojado que dejé tirado todo y regresé a mi casa. Me encerré y por mucho tiempo no hice más que llorar y embriagarme, dispuesto a olvidar que existía. Deseé ser liviano como una pluma, elevarme hasta el cielo para mirar todo con más claridad. Intenté ponerme en su lugar y eso resultó más doloroso. Al final terminé por aceptar lo que ella había decidido (no es como si ella o yo tuviésemos otra opción) estaba dispuesto a quedarme junto a ella, sin importar que forma tuviese. Regresé al pueblo más por mí que por ella, fui egoísta, lo sé, pero el amor no daba para más, en cambio estaba cayéndome a pedazos.

La encontré enclavada a una silla en el jardín, con los hombros inclinados hacia el suelo y las manos hundidas en la tierra. Los brazos casi en su totalidad tenían el aspecto de un árbol. Sus dedos (de los que se veían poco) se alargaban con forma de raíces; en lo que antes eran sus brazos, pequeñas florecillas de colores vivos en diferentes tonalidades; justo en su hombro había

un nido. Me recibió con una enorme sonrisa, su rostro reflejaba la más inmensa felicidad.

-Acércate y mira, el huevo está a punto de hacer eclosión.

La miré con indiferencia simulada. No quería que viera lo difícil que seguía siendo para mí. Me costaba reprimir las lágrimas y el desconcierto de verla así. Con fingido tono de jovialidad, la saludé y pregunté por su salud. A lo que ella respondió enojada y sacudiendo la cabeza de un lado a otro. Al parecer no logré engañarla.

-¿Acaso no te pedí que no volvieras?- preguntó con los ojos anegados en lágrimas.

-No volví por ti si es lo que te preocupa-. Esa fue la última vez que vi a la señora Mirian viuda de Valverde.

## Pseudoamor

Son las diez de la noche, hace frío y huele muy mal; mientras espero en la oscuridad escucho a los Arctic Monkeys. Mi MP3 reproduce *Are you mine?* me gusta combinar la oscuridad con la música, esta mezcla puede ser más estimulante que cualquier droga, me vuelvo más sensorial, mis emociones están a flor de piel y mis sentidos se agudizan, entonces puedo mirar las cosas desde una nueva perspectiva. Nada como observar a la mujer deseada, mientras en mis oídos retumba poderosa una guitarra eléctrica. Es tarde ¿Por qué tarda tanto? Ella jamás se retrasa, me preocupa. Probablemente algo malo pasó, siento deseos de ir al instituto, pero no es prudente; es probable que se asuste si me ve. Recuerdo cuando iba a observarla practicar hasta tarde, siempre la miraba bailar, una y otra vez la misma rutina hasta que estuviera perfecta; era excitante observar con que pasión y elegancia ejecutaba cada movimiento, ver su sudor rodar por su frente, su pecho y su vientre.

Mi dicha acabó. Fui demasiado necio. Ella se percató de mi presencia en más de una ocasión y llamó a la policía. Ahora su novio la acompaña a todas partes. No la merece, es demasiado rústico para alguien tan delicado. Así es ella. Perfecta ante mis ojos y seguramente ante los de cualquiera que llegase a descubrirla como yo lo he hecho. Su novio parece más un muro de concreto que una persona; ella no merece ser amada por un muro, ella merece a un hombre, me merece a mí.

Más de una vez me he imaginado hablando con ella, me acerco y pido disculpas por hacerla temer de este extraño que se deleita observándola, por hacer que piense que soy peligroso; pero dudo que no saldrá corriendo si me ve salir del oscuro y mal oliente callejón en donde a diario espero sólo para verla pasar. Es un lugar peligroso, no sé cuándo su novio no podrá acompañarla y algún perverso acosador se atreva a abordarla y hacerle daño. No me extrañaría, ella es bella en extremo. Siempre estoy atento, si algo así llegase a suceder yo la salvaría.

En mi reproductor ahora suena Do I wanna know? Imagino una vez más esa escena; no me canso de recrearla, lo he hecho tantas veces que ya es una imagen fija en mi mente: la expresión en su rostro mientras me reprocha el no aventurarme a amarla, me mira con esa mueca que jamás he visto en ella y que tanto amo, mientras tuerce su boca y levanta una ceja de forma retadora.

-Perdón señorita

-¿Perdón? Señor, no desea disculparse, por fin ha dejado de presentarse ante mi como un ser digno de admiración para mostrarse como un ser carnal, pero no, usted no es carnal por ser un hombre de carne y huesos, ¡no! Usted es carnal porque quiere mi carne y mis huesos, señor ha descubierto que me ama, pero este es un amor antropófago, no lo niegue más, admítalo, usted desearía rebanar mi carne, tomar mi sangre y sentir como fluyo por sus venas, cada vez con más intensidad, anhela que nuestros cuerpos sean uno solo. No se sienta

mal por las ganas que lo inundan, porque, ¿qué sería del amor sin el sexo? Este constituye al amor en su etapa más elevada. ¡Dejemos de ser hipócritas! El que siente, es el sentimiento más mezquino que existe y las personas insistimos en ponerlo como algo inocente. Dígame, ¿qué hay de malo en querer recibir placer de la persona amada mientras esta también disfruta?

El sonido de unos pasos me hace volver a la realidad, parece que alguien se acerca. Es ella, reconocería su silueta en cualquier lugar. La veo acercarse contoneando su cadera. La música ha hecho su trabajo una vez más, me ha permitido descubrir un nuevo elemento en ella; sus caderas no solo se mueven de manera grácil mientras baila, también lo hace al caminar, es probable que sea un hábito adquirido a causa de su oficio. Ella me necesita basta con solo mirarla para saberlo. También espera mi llegada.

Ya no dejaré que mi amada siga sufriendo sin mí. Su “muro de concreto” hoy no la acompañará. Ayer escuché cuando decía que su jefe le pidió quedarse hasta tarde en el taller. ¡Gran mentira! Puedo imaginar lo que ocurrirá, apuesto a que se encontrará con una mujerzuela. No importa. Hoy no solo permaneceré en la oscuridad, la seguiré hasta su casa y luego allí me valdré de cualquier medio para hacerla entrar en razón. No me iré hasta que acepte que me ama con locura. Además llevo conmigo un arma, uno nunca sabe si al imbécil de su novio se le da por aparecer.

Para ese instante la canción que sonará en mi reproductor será One for the road.

## Isaac

Con impaciencia miró el reloj de pulsera que en otro tiempo le regalara su novia y compañera de universidad. -Es tarde- pensó mientras una gota de sudor corría por su frente. Con la pierna ligeramente flexionada daba pequeños y rápidos golpecitos al suelo del automóvil, como en un intento por hacerlo andar -Qué importan las leyes de la física, apuesto a que este hombre podría encontrar una forma de sacarnos de aquí, si así lo desease-.

Afuera los pitidos e insultos no se hacían esperar. Las envolturas metálicas, mezcladas con la continua exposición del dióxido de carbono que brota de los motores recalentados, mezclado con el desesperante calor veraniego, hacían que les hirvieran las sienes y como consecuencia, el enojo y la intolerancia inundaban la vía. Los carros eran como hornos a altas temperaturas; en tales circunstancias avanzar era una cuestión de vida o muerte.

Isaac sigue con los ojos puestos sobre el tictac que lleva pegado a la piel, y del que parecen depender sus esperanzas, como si en él pudiese encontrar la forma de avanzar o detener el tiempo. Media hora después, el taxi logra llevarlo al lugar donde hacía más de veinte minutos, había dejado de esperarle el editor.

Lleno de frustración camina largo rato, lamentando no haber salido antes de casa o haber tomado un medio de transporte más rápido. El celular vibra en su bolsillo un par de veces sin que preste atención, al tercer intento lo toma y ve las llamadas perdidas de Luis, un ex compañero de clases y la única persona que se acercaba a él. Lo esperaba para celebrar la buena noticia. Se sentía fatigado y no deseaba responder numerosas preguntas en busca de detalles, así que optó por dejarle un mensaje de voz apenas llegase a casa.

-Sí, Luis perdón, no escuché tus llamadas. Nuestra reunión se cancela, se presentó un inconveniente y no pude ver al editor, si pasa algo te informo. Ten una buena tarde.-

El celular vuelve a vibrar pero esta vez es el editor, quien está tan indignado que busca la forma de evadir otra cita. El mensaje es claro, una vez más habían rechazado la novela; la disculpa, la misma. La calificaba de "aburrida y predecible". Isaac leyó una y otra vez sin entender lo que decía. Las palabras se le antojaban de otro idioma, le resultaban ininteligibles. Con los ojos entornados, la cabeza comenzó a darle vueltas, y las paredes a hablarle en tono amenazante; con la voz cada vez más elevada se iban acercando a él con la clara intención de acabar con la vida del escritor. Un sudor frío le surcaba la frente mientras daba gritos de desesperación. Cayó dormido de golpe.

Despertó bruscamente un par de horas después. Una idea vaga se había sembrado en su cabeza. Idea que no le abandonó por algún tiempo y que al contrarió tomó fuerza con el pasar de los días: desistir de continuar llevando el



manuscrito a las editoriales. Era ya la décima vez que se lo rechazaban y no estaba dispuesto a soportar un ultraje más. Al principio se auto consolaba pensando en la cantidad de éxitos mundiales, que habían sido rechazados por las casas editoras antes de ser el boom. Luego cuando esa excusa ya no le llenaba, pensaba en lo ineptos e ignorantes que eran por no ser capaces de apreciar el valor de una joya como la que había escrito, llena de aforismos y lenguaje erudito.

-Bah que van a saber ellos de buena literatura –bufaba-. Luego solo quedó la depresión. Pasaba el día entero llorando sobre su almohada, entonces todo el dolor acumulado se mezclaba y se entretrejía como una tela de araña, con diferentes enramados y escalas de dolor. Ya no sabía si las lágrimas eran producidas por el rechazo del manuscrito o por la soledad, su única novia. La espantosa infancia con su madre fallecida, la vida paupérrima que llevaba o la juventud pasada en un cuarto a oscuras lleno de roedores, basura, comida putrefacta y cucarachas por todos lados; y él, siempre allí frente a un ordenador escribiendo, con las esperanzas puestas en una vida de éxito, mujeres y dinero. Se imaginaba con prestigio, codeado con las más altas esferas de la sociedad, rodeado de mujeres bellas y ricas, eligiendo como en una fila de reses cual llevar.

Por un año no salió de su casa. No volvió a relacionarse con nadie. El Diasepan y el cloroformo fueron su única compañía. Cuando el dolor mermó, le quedó entonces el resentimiento hacía la vida que lo había golpeado de

múltiples formas, sin permitirle siquiera levantarse. Odió al mundo, odió a la humanidad, la que se le antojaba pueril y repulsiva, pero sobre todo se odió a sí mismo.

Las voces de las paredes cambiaron, se mimetizaron hasta ser una sola, una que sonaba igual a los gritos de la madre que alguna vez resonaron por todo el lugar; no había hacia donde huir, ella era omnipresente. Volvía de la oscuridad de donde había sido condenada, para reprocharle una vez más que siguiera siendo un inútil incapaz de hacer las cosas bien. Entre sollozos repetía una y otra vez el reclamo de nunca acabar.

*Yo pedí un varón capaz de llevarse la vida por delante y ¿qué recibí? Este remedo de hombre, enfermizo e inservible, porque ¡tú, tú Isaac no sirves! Eres el golpe más bajo que me dio la vida. Ofensa grande es que te llame mi hijo. Por años soporté los golpes y humillaciones de tu padre, para que tuvieses una figura masculina en tu vida y no fueses un débil; mírate, de nada sirvió tanto sacrificio, tanta entrega. Das asco.*

Isaac corrió a la calle en un intento desesperado por deshacerse de la que ahora se había instalado en su morada para recordarle su miseria. Corrió lo más que pudo, sus intentos resultaban infructuosos; ella estaba dentro de su cabeza, caminó kilómetros dejándose envolver en el ruido de las gentes, buscando acallarla escuchó conversaciones de otros, se arrastró entre las infortunios ajenos, quería ganar una gangrena que lo ayudara a amputarla de él.

Después de un par de días se había resignado. Ella no volvería a las tinieblas de su subconsciente. Terminó en un parque que tenía poca afluencia por estar apartado, justo en las afueras de la ciudad. Luego de beber hasta saciarse en una fuente para pájaros, se recostó en la hierba y por primera vez en varios días logró conciliar el sueño. Lo despertó un ligero trote. A lo lejos una chica menuda, de aspecto frágil y facciones finas, con ropa deportiva. No podía tener más de veinte años. Le parecía una deidad, la veía envuelta en un resplandor celestial que la elevaba por encima de cualquier ser. La observó por largo rato sin que ella notara su presencia, y de ahí en adelante lo hizo todas las noches.

Desde entonces esperó por ella en la penumbra. Parecía distinta a lo que el mundo había presentado para él. Se veía pura, su piel tan blanca como el mármol era como un lienzo que merecía ser tallado por un artista, pero la voz de su madre volvía y ensuciaba esa visión, le hacía verla bañada con la misma putrefacción que rodeaba a todos los demás, el lienzo se empañaba y a él lo invadía la cólera.

*No la tendrás, no va a irse con un estorbo como tú. De hecho ninguna mujer lo haría; ella no es diferente a mí, no tiene porqué serlo ¡ah! Pero ni aunque deseara ir contigo. No tienes los pantalones para llegar a ella; huiría si te viese, acéptalo, no tienes oportunidad.*

Una noche no soportó más el hostigamiento de la madre y decidió acercarse a la mujer. Ayudado por la poca luminosidad del lugar, logró instalarse detrás de su espalda, sin que se percatara de la cercanía del extraño; era como si no existiera, no lo habría visto ni aunque se parara frente a ella. Envolvió su cintura con una de sus manos y la trajo hacia él. Con la mano que tenía libre tapó su boca; a esa hora jamás había personas cerca del lugar, pero quiso prevenir.

-¿Ahora qué harás con ella?- gruñó la madre.

-Ya verás lo que haré, voy a inmortalizarla.

La mujer intentaba zafarse del abrazo con fiereza, mientras lloraba desconsolada presa del miedo. Isaac lamió su cuello para beber del sudor que corría. La besó entera, con ganas y frustración acumulada, la acarició por todas partes, la cara, el vientre, las piernas, el sexo mientras le susurraba lo perfecta que era. Solo interrumpía sus halagos para responder con una maldición a la madre. Miró de frente a la chica. Vio en sus ojos la repulsión. En ellos reconoció la mirada de desagrado con la que lo observaba su madre. Se enfureció. La arrojó al suelo y desgarró las sus ropas. Quiso acabar, borrar esa mirada. La tomó del cuello. Con sus manos lo apretó hasta que la vida dejó de latir en el pecho de la joven; en su lugar quedó una expresión de serenidad.

La observó inerte y le pareció más bella, más blanca. Disfrutó de cerca la suavidad de la piel que comenzaba a tornarse fría. La besó una vez más, jugó

con sus senos, acarició su cabello y lloró frente a ella, luego tomó un trozo de vidrio que encontró en el suelo y escribió.

Esa noche regresó a su casa. De la madre no escuchaba ni un suspiro, tal vez sorprendida de lo que el hijo acababa de hacer, tal vez horrorizada o conforme. Él se sentía pleno; como un ángel que acaba de salvar el alma de alguien. Por un par de semanas se sintió aliviado. Comió e incluso volvió a escribir. La madre ya no aparecía y él podía vivir tranquilo. Pronto la noticia de un cuerpo hallado en un parque, y con un texto tallado sobre la piel inundó los diarios del país, lo desconcertante y mórbido del crimen atraía la atención del público en general, que se levantaba deseoso de respuestas. La atención estaba sobre la pobre chica y su espantosa muerte. Pusieron especial atención en lo que tenía escrito en su piel. Las autoridades no sabían dónde buscar, ni qué camino seguir.

-Ahora ¿Quién es aburrida y predecible?- dijo con los labios curvados en un gesto de satisfacción. Estaba fascinado con lo que había hecho, y deseoso de repetirlo. Con dificultad logró burlar a las autoridades. Sobrevivió con hortalizas que robaba en fincas, y animales silvestres que lograba atrapar. Hasta Cuando se sintió a salvo de la persecución policial.

Fue entonces cuando la encontró. Alguien con el mismo resplandor que la primera. No, de hecho ahora era mejor. La siguió durante días. A veces se quedaba dormido fuera de su casa, sobre el césped y la soñaba; ella se acercaba a él y se abandonaba en sus brazos; él besaba cada centímetro de la

piel para constatar su perfección. De ella exudaba un aroma agridulce que le hacía querer morderla; en lugar de eso la acariciaba haciendo fuerte fricción, a lo que respondía con leves gemidos de complacencia. Satisfecho con su reacción buscó en su pantalón un pequeño bisturí que siempre llevaba consigo, e hizo pequeñas y superficiales incisiones. Escribió sobre ella mientras le pedía continuar. Despertó de golpe con el pantalón húmedo de una sustancia viscosa. Supo que ya no podría posponerlo más.

El desconcierto era enorme. Se buscaba a la joven por todos lados. Aunque no se encontraba el cuerpo no tenían duda de que El sádico de las letras era el responsable. Jamás encontraron a la mujer. Ni siquiera una pista de en donde había estado. El miedo y la histeria colectiva no se hicieron esperar. Un mes después de no encontrar rastro, el suceso se echó al olvido. Las familias temerosas creyeron que así pondrían a salvo a sus hijos; no se atrevieron a irse y abandonar las vivencias y recuerdos de historias familiares.

Un par de años después unos adolescentes drogados decidieron entrar a una casa abandonada, con intenciones de robar. Luego de derrumbar la puerta, encontraron la tétrica escena: una mujer pegada a una inmensa pieza de madera, con múltiples cicatrices por todo el cuerpo, que lucían como hermosas letras. Frente a ella en una silla, un cadáver en avanzado estado de descomposición.

## Clave Sol

Gregorio deslizó sus delgados dedos encima de las teclas del viejo piano. Una melodía de Michael Nyman se escapaba del instrumento para expandirse sobre las sucias paredes de la pequeña habitación donde vivía. El sonido ejecutado de forma magistral tenía vida. Vida que se esforzaba por sacarlo del lugar. Algo tan bello jamás será creado para habitar en un sitio tan repulsivo y despojado de belleza. Delirante, la música rodaba de un rincón a otro negándose a permanecer en el espacio. Instantes después resignada a la imposibilidad de su escape, decidía morir. Eso era preferible a quedarse allí. Los acordes seguían brotando del piano. Gregorio con gran dolor, observaba la desesperada agonía de las notas musicales, pero no podía parar. Para él tocar se había vuelto una necesidad vital.

Desde hacía algunos meses, esa era la única forma que encontraba para acercarse a Flavia. La melodía lo hacía desprenderse de su conciencia y volar por el cuarto hasta quedar enredada en las telarañas del techo; justo allí, ayudada por el poco viento que entraba por algunas grietas que tenía la pared, lograba liberarse y salir del lugar; ya en libertad flotaba hasta posarse sobre el rostro de Flavia. La sola imagen de esta mujer, al ser pensada bajo el influjo de la más insulsa de las notas musicales, se cargaba del sentimiento de un delirante hombre enamorado. Gregorio se admiraba de lo dulce y magistral que sonaban para él, pero más lo asombraba cómo, ni las melodías más elevadas, más soberbias lograban escapar del efecto de la chica. Estaba seguro que *El trino del diablo*

interpretado por él mientras pensaba en ella, sonaría mejor que la versión del demonio para Giesepe Tartini y que el ultimo no logró igualar a la ejecutada por el espíritu sobrenatural.

Estaba lleno de una pasión desbordante, gracias a ella. Su frívola vida ahora tenía alegría. Aunque fuese en la distancia, en la oscuridad de la soledad. La sentía un ser maravilloso; un ser que deseaba suyo. La veía desnuda caminar frente a él y sentarse en el sillón de forro roído y ennegrecido por el tiempo. En otras ocasiones, se recostaba en la cama a esperar por él. También solía posarse enfadada frente al piano, entre gritos y sollozos lamentaba no generar en Gregorio la misma devoción que el instrumento. Deshecha, amenazaba con hacerlo pedazos. Él con ojos enternecidos la observaba hacer el berrinche por largo rato. El pecho se le hinchaba de emoción. Imaginarla pidiendo más amor, más cariño, le hacía feliz. Luego de un rato se acercaba a ella y tomando su rostro susurraba lo que ella sabía mejor que nadie.

–Cariño, cómo no amar ese aparato, si es quien te trae a mí-

Ambos se sentaban en la cama a disfrutar de las ingenuas melodías que aun creían poder escapar del lugar, hasta que se apagaran; una vez mudas, la imagen de ella también desaparecía. Él no se preocupaba. Reaparecería una vez que se sentara a crear música y su conciencia volara en busca de ella. Quería subyugarla cada vez que volvía a la habitación. Creía que eso tendría efecto en la Flavia real. Que cuando lo viese caminando por la calle, se abalanzaría sobre él y le entregaría su



existencia. Pero quien caía bajo dominación era Gregorio. La amaba con pasión y ternura. Decía frases dulces mientras ella lo observaba como una niña que mira a una deidad. Él sabía que su imagen ya no bastaba, que su cuerpo estaba ávido de su presencia. Que necesitaba con urgencia, tomarla y palpar en su piel. Ella lograba dotar de belleza incluso una vida como la suya.

Deseaba confesar su amor pero eso no era posible. Ella no estaba. Llevaba años buscándola. Su juventud se había extinguido mientras esperaba el día en que la divisaría en una calle y se reconocerían. En ocasiones se reprochaba no haber salido más a menudo, seguramente su amada caminó por innumerables lugares, siempre atenta al tan deseado encuentro; el que no se efectuó por su apatía al mundo exterior. Llego incluso a pensar que Flavia no existía, que la había inventado y que había hecho de la música a una mujer, y esa era a la que veía. Envejecía y la idea de esperar tanto tiempo a alguien inexistente lo llenaba de una congoja mortífera, así que solo se aferraba al deseo que lo mantenía con vida; la espera de que la mujer de sus fantasías, cruzara la puerta y juntos ser un poco menos miserables de lo que ahora eran.

## Diseccionador de cuellos

Alex tomó con calma el café, ese sería el último placer que tendría, así que lo disfrutó como nunca. Con la lengua jugó por algunos segundos, permitiendo de esa forma que sus papilas gustativas se llenaran del líquido negro, mientras pensaba en lo tontas que resultan las personas al ver la felicidad como un sinónimo de excesos; y peor aún, no pudo evitar reír de lo paradójica que es la vida hasta el final, cuando solo a instantes de la muerte te permite tener claridad de que no es así, saber vivir no significa llevar los placeres al límite. Pensó en la imposibilidad de escribir un detalle como este para quien tuviese la fortuna de encontrarlo, puesto que a pesar de saber que se vive mejor dejando los excesos a un lado y disfrutando de las cosas pequeñas que puedan llenarte, se encontró frente a la imposibilidad de dar con la clave de la felicidad. Por qué en últimas ¿Qué es la felicidad? “En mi caso degollar gatos”, respondió para sí mismo con cinismo y una sonrisa en el rostro.

Puso la taza vacía sobre la mesa que tenía en frente, camino a la habitación donde lo esperaba deseosa una cuerda colgada del techo. Él reconoció en el vaivén de la cuerda cierta sensualidad, incluso se atrevió a compararlo con el contoneo de caderas de la amada que intenta seducirlo y llevarlo al final, al punto donde su mente no le deja decidir, y solo ella, la causante de tal situación, decide y lo amarra a sus secretos, a lo que la lleva a ser algo temible, un ser clasificado entre los elementos que queman y hacen daño. Supo de sus ansias, las mismas que él había disfrutado silenciosamente por

tanto tiempo, el placer de estrangular a alguien, llevarte su vida entre tus manos, en esos mágicos segundos en que su tráquea cede ante tu poder. Luego de acariciar la cuerda en un intento de apaciguar sus ganas con un “ya va querida, ya casi”, reviso que todo estuviese en orden, la video cámara que grabaría todo el proceso, y justo detrás de ella una mesa donde estaban reunidos los archivos de la investigación a la que entregaba su vida, la que lo había apasionado desde niño, y que después de esta su prueba final, lo llenaría de gloria.

\*\*\*\*\*

Cuando Alex tenía ocho años su madre lo encontró tirado en el piso de la cocina, con el cuello del tierno Tom entre sus manos, el gato que había sido el regalo de cumpleaños del padre, mientras miraba al niño con los ojos fuera de órbita, soltó un casi imperceptible maullido del que la madre interpreto miles de preguntas: “¿Por qué? ¿Fue acaso porque dormí en tu cama un par de veces, buscando un poco de calor? Tal vez... ¿Por qué no terminé mi leche aquella vez? El niño, indolente lo observaba morir con ojos llenos de excitación, sin ser capaz de percibir el adolorido lamento de la mascota que debió crecer junto a él. Esa no fue la única vez que algo así ocurrió, pero a causa del gran alboroto que armó la madre, Alex decidió seguir con aquellas atrocidades en secreto. En más de una ocasión se encontraron las mascotas de los vecinos muertas por asfixia, estrangulamiento e incluso con el cuello diseccionado. El terror no se hizo esperar, el rumor de un asesino serial se esparció por toda la ciudad, se hablaba de un modus operandi poco comprensible pero aterrador. “Su objetivo es acabar con la familia entera. Comienza con los más pequeños y vulnerables, las mascotas, que son a la vez su forma de anunciar

que tu familia ha sido sentenciada a muerte, luego sigue con los niños y por último los adultos de la casa". Tales acusaciones antes que amedrentarlo lo alentaron, ahora que para su afición ya no bastaba estrangular animales. Un ser humano era pasar al siguiente nivel. Total, las autoridades seguirían tras la pista del supuesto asesino de treinta y cinco años.

Alex creció y se inscribió en una escuela de medicina. Tras años de estudio del cuerpo humano y los males que afectan su correcto funcionamiento, encontró la forma de dar justificación a sus prácticas estranguladoras, las que no abandonó en ningún momento; durante su época de estudiante, se las arreglaba para salir en las madrugadas y raptar a los vagabundos que luego de drogarse, iban a dormir en las afueras de la universidad. Desde entonces cada víctima fue un valeroso mártir que entregaba su vida a favor de la ciencia. El primer lugar donde comenzó a ejercer fue en un hospital para ancianos a los que sus familias internaban allí, para deshacerse de ellos y dejar que otros se encargaran de esas personas que con amor entregaron su juventud y que ahora se les veía como recipientes vacíos a los que ya no puede sacárseles ningún provecho porque lo han dado todo.

Los ancianos comenzaron a morir más seguido por paros respiratorios, a nadie se le ocurrió revisar las fracturas de tráqueas que presentaban, total "son ancianos, es normal que mueran". Los años pasaron y la fascinación de Alex no acabó, con cada persona que veía morir en sus manos, su sevicia aumentaba, solo que ahora ya había saciado sus ganas de experimentar con

otros, ahora él los envidiaba, deseaba estar en lugar de los animales, niños, vagabundos y ancianos que habían experimentado el placer de una muerte así. Fue entonces cuando decidió no negarse más la experiencia tan ansiada. Preparo todo de modo que los archivos de la investigación que llevaba veinte años desarrollando acerca de la muerte por estrangulamiento, y donde detallaba número de víctimas, nombres, los detalles y resultados; junto al video con su muerte llegaran a manos de la ciencia y así, no solo morir de la forma que anhelaba, sino además, ser grande después de la vida.

\*\*\*\*\*

La silla cayó al suelo con gran estruendo. Su mandíbula se tensiono y paro de respirar. Su cuello no se rompió así que experimentaría por varios segundos lo que había hecho pasar a todas sus víctimas. La cuerda satisfecha con el placer de la muerte que estaba provocando, balanceaba el cuerpo de un lado a otro en señal de gracias “gracias Alex por semejante placer” él pensó en que toda sogas merece quitar la vida a una persona por lo menos una vez. Ya en la inminencia de la muerte su confianza decayó, entonces deseo tener el poder de levantar nuevamente la silla y poner sus pies “fue magnánima la experiencia, pero ya experimenté lo que quería” la imagen de los ojos fueras de sus orbitas de todos y cada uno de sus víctimas volvió a su mente. Ahora comprendía que no se debía al éxtasis de morir estrangulado sino a una súplica, a un “gracias, ya es suficiente” entendió el leve maullido de Tom, y sus preguntas fueron ahora tan claras como si las hiciese una persona. No Tom, no fue por la leche, ni por tu pelaje cálido junto a mí en la cama; fue porque lo sentía una necesidad imperiosa.

El cuerpo de Alex fue encontrado hinchado y verde a punto de reventarse una semana después. Los archivos también. La noticia del virtuoso médico fue un gran escándalo. Alex tuvo un poco de razón, su macabra investigación sirvió a la ciencia; dio pie a un muy importante estudio que mereció muchos reconocimientos ¿Qué llevaba a un ser humano a presentar ese tipo de conductas? Fue la pregunta a resolver por la investigadora.

## Vidas malditas

Sé que lo que estoy a punto de relatarles, les parecerá por mucho una historia rebuscada. Quizá la consideren el resultado del delirio de la retorcida mente de un psiquiatra con ínfulas de literato. A pesar de las múltiples conjeturas que se crearán en torno a mí, me arriesgaré a decir lo que aconteció.

Como ya lo dije soy psiquiatra y lo que me llevó a estudiar dicha carrera no fue el amor a ella, si no la adicción a otra disciplina. Soy un adicto a la literatura. Seguro pensarán en lo poco coherente que resulta afirmar que las letras me llevaron a estudiar psiquiatría, pero ¿acaso no ha servido la literatura para explicar males mentales? ¿Acaso no existen escritas miles de historias centradas en la psiquis del hombre? Verán, yo además de leer soñaba con ser un gran escritor, uno capaz de crear una historia que no se hubiese escrito antes. Una genialidad. Pero no fui capaz de escribir el más insulso de los cuentos, el don de la creatividad me fue negado. Buscando calmar mi frustración comencé a conjeturar acerca de lo que hace de una persona un buen escritor; cada explicación me llevó al plano mental.

Entreví muchas posibilidades, entre las que se cuenta el poseer un cerebro anormal, incapaz de concebir y aceptar la realidad, en cambio con la capacidad de transfigurarla a su antojo, así, estas personas jamás viven en el mismo plano que nosotros. Van por ahí percibiendo la realidad a medias y complementándola con lo que quieren ver, en pocas palabras crean realidades metafóricas a las que no tenemos acceso a menos que tengan la caridad de

encerrarlas en un libro. Es algo egoísta; una forma de hacernos creer en la libertad sin tener permiso de tocarla. También pensé en que esas personas, nacen con la capacidad de sumirse en una anacronía singular que no les permite escapar de las pseudorealidades que les imponen cabezas, si no solo por medio del exorcismo que les ofrece la literatura.

Ahora que saben todo esto comprenderán por qué los azares del destino me llevaron a ser testigo de acontecimientos tan maravillosos al tiempo que escalofriantes, dignos de una novela de Lovecraft. Creo que está de más decir, que lo ocurrido no pudo salir de mi cerebro impedido para crear historias.

Hace aproximadamente tres meses Jorge me llamó.

-Necesito que vengas a la clínica- dijo en un tono que era una mezcla de excitación y suplica.

-Por supuesto, pero... ¿A qué se debe tan agradable invitación? No pienses que tal cortesía te librara de perder al póker contra mí- dije bromeando

-Ya hablaremos de eso después, esto es serio. Necesito que veas a alguien; juro que en todos mis años de carrera jamás me había encontrado con un caso como este.

-¿De qué hablas? No comprendo que pasa.

-Ven a la clínica y te explico.



Esa tarde nos encontramos en la cafetería de la clínica. Mi amigo estaba sentado frente a una ventana con la mirada perdida en la nada. Su expresión daba la impresión de que su cerebro intentaba arduamente conectar ideas sin conseguirlo. En la mesa frente a él, había una taza de café frío que no tenía rastros de haber sido probado más que por una mosca que flotaba inerte en el líquido negro.

-Por lo menos alguien disfrutó de un buen café antes de morir- Dije mientras intentaba sacar a mi amigo de las especulaciones que lo atormentaban.

-Es un placer verte. ¿Quieres un café?

-Siempre que no pienses en cederme ese en que yace el pobre insecto-. Él hizo caso omiso a mi broma y comenzó a contarme lo que presentía, sería cuando menos una historia para contar.

-Hace un par de semanas llegó un hombre inconsciente a la clínica; sus heridas no eran graves, solo una pierna rota; y un leve desmayo del que desconozco la causa. Él joven que no mostraba tener más de treinta años, no sabía quién era, no recordaba su nombre, familia, ocupación o lugar de residencia.

-Y qué hay de maravilloso en eso- Interrumpí- Quizá sufrió una contusión.

-No, ya lo revise y no hay rastro de trauma craneoencefálico. Lo que me perturba de todo esto no es su amnesia, si no su comportamiento. Es como un niño recién nacido que acaba de abrir los ojos a este siglo, quizá peor, este hombre teme a los adelantos tecnológicos. Hace un par de días una de las enfermeras me mostro, algunos escritos del joven. Aquí el literato frustrado

eres tú, yo no he leído tanto, pero puedo asegurar que esas líneas eran dignas de un escritor. Deseo tu ayuda, además de las cualidades escriturales del hombre, bueno... Eres psiquiatra.

-No encuentro lo asombroso a todo esto, tal vez escribe bien porque es escritor, o por lo menos aspira a serlo.

-¿Cómo explicas su miedo a la modernidad?

-Acabo de decirlo, es un escritor. Tú y yo sabemos de primera mano lo problemático que resulta para ellos todo eso de modernidad y postmodernidad.

-Deja ya de burlarte. Él además cambia constantemente de personalidad. De hecho hay días en que ni siquiera es capaz de reconocer el español, ayer por ejemplo solo habló en francés.

-No veo por qué debas alarmarte, quizá lo que el chico tiene no es más que amnesia mezclada con un trastorno de personalidad, que se caracteriza por alteraciones en la cognición, emotividad, funcionamiento interpersonal o en el control de impulsos. Basta con que lo dejes en manos de un especialista.

-No. Quiero que me ayudes a resolver esto. De no poder con el caso, te prometo remitirlo a alguien más, pero por favor, presiento que hay algo asombroso tras este hombre, y quiero que seamos nosotros quienes lo descifremos.

No tuve más remedio que aceptar el ofrecimiento de mi amigo. Yo en cambio no veía nada de especial en el asunto; seguramente él solo necesitaba de un buen psiquiatra. Jorge me enviaba semanalmente los textos que lograba robar al hombre. Debo admitir que el primero lo leí solo por ver qué clase de cosas

podría mi amigo considerar dignas de un gran escritor, en ese momento no estaba siendo más que un egocéntrico, que ha leído mucho y desea burlarse de un amigo que no tiene grandes lecturas. Quedé gratamente sorprendido; ese hombre parecía tener una capacidad para escribir magistral; su estilística era deliciosa, su lenguaje vigoroso y como había dicho Jorge, no era difícil rastrear recursos literarios utilizados por escritores de reconocimiento mundial. Los textos se defendían solos, lo que más me asombraba era la multiplicidad de estilos, ningún texto parecía ser de la misma persona, al punto de cuestionar incasablemente a Jorge de si estaba seguro que esos escritos habían salido de su puño. Mi amigo seguía observando con alarma sus cambios de personalidad.

Yo realmente estaba fascinado con el talento de este joven, estaba totalmente convencido de que seguramente era un escritor, uno no reconocido, que con el apoyo necesario seguramente pasaría a ser el más ilustre de esta época. Mis expectativas decayeron cuando entre los títulos que Jorge me envió leí estas líneas “He bebido un enorme trago de veneno. ¡Bendito tres veces el consejo que ha llegado hasta mí! Me queman las entrañas. La violencia del veneno me retuerce los miembros, me vuelve deforme, me derriba. Me muero de sed, me ahogo, no puedo gritar. ¡Es el infierno, la pena eterna! ¡Ved cómo se alza el fuego! Ardo como es debido. ¡Anda, demonio!”. Fragmento que pertenece a *Una noche en el infierno* de Jean Arthur Rimbaud. Mi cólera fue tal, que esa noche no dormí revisando minuciosamente texto por texto de los que el hombre había escrito y que yo tenía en mi poder. Yo descubriría la farsa de ese infame. Llevaba algunas semanas jugándonos una mala pasada;

seguramente supo del interés de Jorge y fraguó la forma de estafarlo ¡Ah!, Pero no contaba conmigo, y mi astucia.

Como lo imagine, encontré más plagios. En esta ocasión descubrí textos de Gérard de Nerval y Quiroga. Debo admitir que a pesar de saber que el desgraciado, no había estado más que plagiando a autores prestigiosos, dos elementos llamaron mi atención. El primero, que todos los nombres mencionados merecían el título de “escritores malditos” y el segundo: que a pesar de que algunos textos eran reconocidos, habían otros de los que no encontré referencias, y que mantenían con pulcritud elementos de dichos personajes. Pasó por mi cabeza la idea de que hubiese tenido acceso a textos inéditos. La deseché minutos después por las obvias dificultades e imposibilidad de algo así.

La mañana siguiente fui a la clínica. Con mi indignación sentí la imperiosa necesidad de una entrevista con el sujeto, lo dejaría seguir con el juego hasta que callera por su propio peso. Mi cólera creció cuando constaté, que los cambios de personalidad que alarmaban a Jorge, no eran otras que las de los escritores mencionados (Cabe aclarar que me dedique a investigar la vida de los últimos).

Para ser honesto, luego de poco más de un mes presenciando la conducta del hombre, y luego de múltiples ocasiones en que lo induje a estados de inconciencia buscando que hablara con la verdad; me negaba a creer lo que mi mente me decía desde aquella vez en que descubrí los aparentes textos

inéditos. Durante una sesión de hipnotismo, el hombre comenzó a hablar de su traumática experiencia amorosa con Paul Verlaine, lo dramático que fue amarlo mientras estaba casado, y del nefasto final que trajo esa triada amorosa. Contó detalles que solo podrían salir de la boca del mismo Rimbaud, los juegos eróticos de que disfrutaban, y los comentarios con los que Verlaine degradaba a su esposa.

Después de algo como eso y muy contra mi voluntad no tuve más opción que comentarle a Jorge la posibilidad de que frente a nosotros tuviéramos a un hombre que fue en sus vidas pasadas ilustres escritores, y que por alguna anomalía que desconozco y por eso no me es posible explicar, esas vidas no se habían desconectado de la actual, y se seguían presentando como una especie de lucha por ver quién se queda en esta época. Ante nuestros ojos estaba en un mismo cuerpo toda la genialidad, que desde niño había admirado y que se me fue negada como un talento personal. El miedo nos invadió y abandonamos al pobre hombre. No supimos cómo manejar la situación y hacía mucho, no teníamos excusas para mantenerlo por más tiempo en el hospital.

¿Qué paso con él? ¿Aún sigue con vida? Imagino son las preguntas más ordinarias. Siento no poder responderlas con exactitud, pero no me es difícil deducir que lo más posible es que haya muerto. Un hombre en dicha situación no pudo durar mucho tiempo sin quitarse la vida. Ahora queridos amigos me disculpan, pero me retiro, debo asistir a la publicación del libro de un amigo. El cual les recomiendo comprar, lo he ojeado y puedo asegurarles que es una obra magnánima.

